

## El cuerpo es para la entrega

### Corpus Christi 2024

Estamos en el Año de la Palabra en nuestra diócesis. El Evangelio de hoy comienza en el contexto de una alianza, un pacto de vida que Dios estableció con su pueblo. Pacto que se realizó en una mesa de comida y fiesta. Y comienza también con una pregunta “¿Dónde quieres que vayamos a preparar la comida pascual? Los discípulos le hacen a Jesús esta pregunta y él da las indicaciones precisas. Parece ser que Jesús tiene muy claro lo que piensa hacer. Es dueño de su propio destino. Él va a hacer de su destino su propia entrega. Durante la cena va a identificarse con esa misma comida preparada “esta comida, este pan es mi cuerpo, este vino es mi sangre”. El Cuerpo de Jesús que hoy celebramos ha bajado del cielo, viene desde ese lugar que identificamos como nuestro horizonte de vida plena, de vida feliz y abundante. Ese horizonte de vida abundante que nos resulta lejano hoy. Porque - por más que nos lo prometen para el futuro -, es *hoy* como pueblo y como individuos que necesitamos vida abundante. ¡Cómo estamos escuchando en estos días: “*así no se puede seguir viviendo*”! Y esto más que una crítica ideológica, es sobre todo una crítica existencial.

Jesús es el que baja del cielo para acercarnos ese horizonte lejano. Esa Vida Abundante se hace carne como la nuestra en un cuerpo con sangre y vida como la nuestra. El Cuerpo y la Sangre de Cristo, la Eucaristía. Un cuerpo que se entrega y una sangre que se derrama para un encuentro, un pacto, una alianza

Jesús con su vida nos dice que el cuerpo es para la entrega.

Cuando entregamos algo, hay otro que recibe. Pensemos en un padre o una madre que se entregan por los hijos cada día, así otros en sus profesiones y trabajos, que se gastan y desgastan, pensemos en el que nos pide algo cuando el semáforo se pone en rojo, pensemos en el que nos pide algo de nuestro tiempo.... ¿Qué sentimos?... Entre el que da y el que recibe, se establece un pacto, una alianza, hay un pacto de confianza

Si el que entrega no se da a sí mismo, su entrega no es real y suficiente. Es verdad que puede perder algo de sí mismo en su entrega y eso duele y es un esfuerzo, pero es justamente eso lo que hace que su entrega sea generosa, eso lo que provoca en el que recibe, una posibilidad para confiar y volver a esperar. El uno espera que se valore su gesto, el otro, brinda su gratitud. Se establece un pacto, una alianza. Esa alianza nos llama a una responsabilidad que supone una confianza establecida. Una corresponsabilidad.

Hoy en nuestra sociedad esa confianza prácticamente no existe. Nos urge hacer un pacto social para recuperar una amistad social. Un pacto que respete la humanidad en

cada uno. Porque es la humanidad de uno la que se entrega y que se recibe. Si no hay una reciprocidad en ese dar y recibir, no se establece la confianza.

Prácticamente ha desaparecido la confianza entre nosotros.

No tenemos confianza en el ámbito político y aun entre los políticos no hay confianza. Lo que sí hay es una constante guerra de ocupar espacios. Urge recuperar la confianza entre la política y la gente. Urge recuperar la confianza entre las familias y la escuela. Urge recuperar la confianza entre trabajadores y empleadores. Urge recuperar la confianza en el manejo del dinero, su administración y rendición. Urge recuperar la confianza entre las parejas y entre los hermanos. Urge recuperar la confianza entre los vecinos de nuestros barrios. Es triste mirarse con recelo y miedo. Urge también recuperar la confianza entre algunos ámbitos de nuestra iglesia.

Necesitamos volver a encontrarnos y no descalificarnos o excluirnos, ni personal ni socialmente. Porque, así como el cuerpo es para la entrega, lo es también para el encuentro.

No dejemos que nos roben la confianza que posibilite el encuentro.

¿Cómo recuperar la confianza?, nos preguntamos

Volviendo a restablecer un pacto. En ese pacto hace falta, como nos invita la palabra de hoy, que alguien se entregue plenamente de un modo gratuito y corriendo el riesgo. Esto solo se justifica desde un acto de amor personal y de amor social. Y sabemos que esto es un riesgo porque hoy corre mucha sangre en nuestras ciudades y hay mucha hambre en nuestros barrios. Falta la comida.

Hoy cuando la comida es un problema, Dios nos invita a hacernos comida. Pero no como comida que se nos niega y aun se nos quita, sino como el resultado de una entrega reciproca que establece un pacto. Un pacto entre el trabajo y el pan. Como se decía en un tiempo en la fiesta de San Cayetano *“pan sin trabajo es humillación, trabajo sin pan es explotación, queremos pan con trabajo, que es dignidad y trabajo con pan que es justicia”*. Como nos invita Papa Francisco: cuidar el trabajo.

Me sumo a muchos de mis hermanos obispos en el reclamo de que llegue la comida donde tiene que llegar. Que esté al alcance de las necesidades que existen para que muchos no dejen de existir. No pensemos si el que lo necesita se lo merece o no. Simplemente lo necesita. La necesidad va primero, si se lo merece o no, lo podemos discutir después y solo para encontrar el modo de solución.

El cuerpo es para la entrega y para el encuentro.

Cuando hay alguien que se entrega, hay una razón de esperanza. Jesús nos dice “a mí nadie me quita la vida, yo la doy voluntariamente”. Él es el Pan en Abundancia para todos y que nos convoca hoy como Iglesia que cree y celebra la Eucaristía.

Como Iglesia, estamos llamados a hacernos eucaristías vivientes con gestos concretos de grandeza y entrega gratuita, incondicional, corriendo riesgos. No basta con adorar.

Como iglesia y como institución estamos llamados a hacer en nuestra diócesis esos gestos. No para que nos tomen como ejemplo sino para que seamos motivos de Esperanza real concreta, genuina que anime a otros a recuperar la posibilidad de establecer pactos fraternos.

Gesto será la colecta de Cáritas el fin de semana que viene en todo nuestro país. Pero se trata no solo de la colecta sino de la entrega de uno mismo.

Recuerdo un amigo que le decía a otro acerca de una persona que siempre lo trataba de mala manera y él siempre insistía en saludarlo bien. *¡Esta persona siempre te trata tan mal!, ¿por qué insistís en tratarlo bien?, no entiendo. Lo trato bien porque no quiero que sea él quien determine mi manera de ser”*

Insistir en ese modo de ser puede hacer que el otro quiera renovar un pacto, una alianza para el encuentro. Puede ser que no, por eso siempre será un riesgo a la vez que una posibilidad. No significa no defenderme. Significa permanecer fiel a lo que uno cree de esa manera puede haber una esperanza. Con personas así, hace que valga la pena correr riesgos y volver a confiar.

Con la próxima colecta de Caritas queremos sumar este tipo de gestos que creemos son transformadores sociales. Queremos superar una Caritas que sea solo feria de ropa y bolsón de comida, pero tristemente lo que urge hoy, es la comida. Queremos seguir trabajando en una Caritas que promueva la gente, para que el que recibe tenga la oportunidad de experimentar la alegría de valerse por sí mismo y a la vez no dejar de sentirse responsable de los demás. Por eso están los proyectos de economías solidarias, como Ecosol, o los talleres de capacitación y los centros barriales de acogida a los más rotos. En esos lugares vemos claramente que los personas no son números que tienen que cerrar las cuentas para que todo siga, sino personas, historias que nos implican. Los números con sus exigencias pueden no implicarnos en esas historias de vida.

Al finalizar la misa, se nos invita a adorar a este Pan que baja del cielo. Que al adorar ahora a Cristo Pan que baja para entregarse provoque un verdadero encuentro entre nosotros y nos haga como Iglesia, lugar de encuentro con Jesús y los hermanos.

Que la Virgen de Lourdes y San José obrero, que le enseñaron a Jesús el valor de la entrega, nos hagan generosos en la próxima colecta nacional y a sentirnos responsables los unos por los otros.

Amén. -